

Miles de burros felices, pero...

Carlos Sánchez Ocampo

Hay un animal cuya sola mención significa y alude a dos cosas, cada una peor que la otra: bruto y trabajo agotador. Está tan desautorizado y tiene tan poco prestigio, que su solo nombre, sin ningún agregado, sirve para insultar a un ser humano: burro.

Hasta hace poco, en la escuela básica se castigaba a los estudiantes disfrazándolos de tal. En mi escuela se ahorraron el disfraz, pero no la usanza comparativa, que venía a ser una manera calificada de emburrecernos (perdón, burros del mundo). El maestro aislaba al estudiante juzgado con la odiosa palabra —que entonces bastaba por disfraz—, y lo llevaba, agarrado de las orejas, hasta un rincón del salón. Sus compañeros dábamos vuelta en los pupitres, riendo o boquiabiertos de verlo así conducido. Con tales alusiones, extraña que una palabra tan acusada como aburrido y sus derivados no provenga precisamente de su castizo nombre.

En general, cada que la palabra burro aparece hay que alarmarse. Siempre viene cargada con la imagen del exceso de trabajo y de alusiones a la doméstica humildad o a la escasez de entendimiento. No la exime la literatura universal: Esopo, Juan Ramón Jiménez, *El asno ilustrado*, *El asno de oro*, el burro de Sancho Panza, el de la virgen María. En Colombia no hay uno solo libre de trabajos: cargan agua, leña, piedras, arena, mercados, reinas de carnaval, vírgenes de Semana Santa y hasta son convertidos en bombas guerrilleras. En los ratos libres y para que no se guarden dudas acerca de sus múltiples aprovechamientos, los muchachos pueblerinos de la costa Caribe las convierten, a las burras, en escuelas de sexualidad. Las

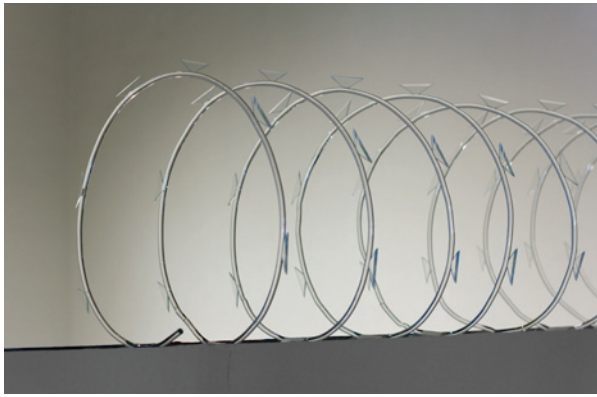


Santiago Vélez. *Símbolos patrios (bandera)*. Urna de vidrio, oro, mercurio y arena de mina. 25 x 35 x 6 cm. 2015

primeras novias o “Mariacasquitos” las llama la tradición.

Por suerte, esta gente costeña es aficionada a las celebraciones y al ponderable objetivo de la diversión, y así inventaron el Festival del Burro. También los ennoblecieron, aunque cargándolos con la inestimable paradoja de una biblioteca, como está contado en crónicas y videos. Por toda Colombia he visto esos burros de mirada obligada con el suelo y un lacio humillante alrededor del lomo. No conoce otro destino ese burro colombiano que el gasto consecutivo de su vida sin ninguna acumulación para el futuro, que no sea la de su propio cansancio y vejez.

Si supieran la vida buena de sus hermanos de Venezuela, albergarían una esperanza. Si supieran que, en la península de Paraguaná, bordeada por el mar Caribe en los cuatro horizontes, es tan fácil y estimulante ser burro, emigrarían todos. Allí no les fue tan mal echada la suerte.



Santiago Vélez. *La frontera de cristal*. Serpentin de vidrio.
40 x 40 x 120 cm. 2015

Desde las carreteras que profundizan la península se ven las manadas de burros salvajes que pasan sus días en la más completa holganza comiendo cují, orégano y otros frutos silvestres de la sabana calurosa, y multiplicándose bíblicamente. Libres y triunfantes como si no fuera este un mundo de usos y abusos permanentes. Cientos de burros parsimoniosos y, al tiempo, alertas, aunque nadie los persiga. Supóngalos ramoneando a cien metros de la carretera, pisando con esmero y masticando con delicia. Basta detenerse para hacerles una foto. Ante la presencia humana, la manada interrumpe su pitanza y se arisca. Solo dar un paso para una mejor composición de la foto los hará largarse sabana adentro. En la fuga se ven airoso, desafiante, convencidos de su ventajosa libertad y, se diría, conscientes de defenderla. Y no parten a galope, desenfrenados, empujados por el miedo, sino saltones y calibrando el peligro, como ladrones cínicos que huyeran riendo de algún perseguidor.

Pero, y esto tal vez lo saben los burros colombianos, ese territorio feliz es un paraíso peligroso. Cuando cruzan alguna de las nuevas carreteras que recorren la península, no siempre les alcanzan tanta viveza y emancipación ante los carros conducidos por venezolanos, más orgullosos que ellos, bien que por motivo muy diferente: la velocidad. No les alcanzan esas cualidades abundantes porque los conductores están excedidos de ese orgullo

humano. Al final, esos kilómetros de más en el tablero de sus cohetes rodantes pueden significar la desventaja de toda una vida para los burros salvajes.

La carretera que pasa por Adícora, un pueblo a orilla del océano, asumido por turistas y veraneantes como imprescindible es muestra constante de la maldición de ese paraíso. A trechos, la carretera está separada del mar por llamativas playas, apenas a unos metros de la ruta, pero ni el mar, con todos sus poderes desnudos y ofrecidos a quien sea que pase por ahí, borra la mueca espantosa de burros atropellados que se pudren impunemente en la banquina o sobre el pavimento ardiente.

Salía de la península por aquella carretera. Al cabo de unos veinticinco kilómetros, había contado diecinueve cadáveres que agregaban al paisaje esa condición sin conveniencia para la utopía de los burros, y el sentimiento agobiante de transitar por ahí.

Apuré ese tramo y su confusa circunstancia y entré en la autopista que se dirige por un lado a la refinería de Punto Fijo y por el otro a la ciudad de Coro. En Coro supe el origen de esos burros que, por ser tantos, mantenían una visión halagüeña de resurrección. Resultó que el factor del destino, que tan a mansalva los merma en las solitarias carreteras de la península, es el mismo que desde hace años les quitó de encima el montón de tormentos asociados al trabajo: el progreso. Los abuelos de estos burros silvestres también fueron usados en las bregas de carga, pero cuando aparecieron los carros y los motos, hechos para tiempos veloces y apremiantes que los burros no suplían ni ante los mayores azotes, los hombres los abandonaron y corrieron a conseguir sus aparatos motorizados. Fue entonces que los burros, ya libres, sin lacitos ni hombres en el lomo, lograron esa utopía que hoy perdura, amenazada.

Carlos Sánchez Ocampo. Periodista y escritor.